

*Moenia* 18 (2012), 11-33.  
ISSN: 1137-2346.

## Tres cartas de Pérez de Ayala a Ortega Munilla (1904-1907)

Cecilio ALONSO

C. A. UNED «F. Tomás y Valiente», Valencia

RESUMEN: Pérez de Ayala entró en el Madrid editorial y literario a través de publicaciones marginales de cariz innovador y de la prensa radical republicana en la que se venían fraguando combates nada inocuos para ganar la nueva guerra por el modernismo. Tras sus primeros artículos en el diario *El País* o en la revista *La Lectura* (1902) y su definitiva incorporación al grupo de *Helios*, el joven asturiano, muy atento a su consolidación personal en la sociedad literaria, no tardó en acogerse a la sombra protectora de Ortega Munilla, que llevó su firma al suplemento de *El Imparcial* a principios de 1904. A este último designio responden las tres cartas conservadas en la Fundación Ortega y Gasset, que se transcriben referidas a su contexto más inmediato.

PALABRAS CLAVE: Cartas, *El País*, *Helios*, José Ortega Munilla, Los Lunes de *El Imparcial*.

ABSTRACT: Pérez de Ayala entered editorial and literary Madrid through marginal but innovative publications as well as republican radical press where anything but harmless struggles were being hatched to win the new war for modernism. After his first articles in journals such as *El País* or in the magazine *La Lectura* (1902) and his definite incorporation to the *Helios* group, it did not take long for the Asturian youngman, who always paid attention to his personal consolidation in that literary society, to take refuge in Ortega Munilla's shelter, what enabled his signature to appear in *El Imparcial's* supplement by the beginning of 1904. This is the issue the three letters preserved in the Fundación Ortega y Gasset respond to, being transcribed in the following pages referred to their most immediate context.

KEYWORDS: Letters, *El País*, *Helios*, José Ortega Munilla, Los Lunes de *El Imparcial*.

Los primeros tanteos literarios de Pérez de Ayala en la prensa madrileña, se produjeron en publicaciones marginales que brujuleaban acechando la ocasión de mejorar el asentamiento de las inquietudes modernistas, como la efímera *Revista Ibérica* (1902), promovida por Villaespesa, o el diario republicano *El País* (1902-1903), donde se admitían sin apenas peaje ideológico las disconformidades de la juventud literaria siempre que sus autores no reclamaran remuneración alguna y apuntaran una mínima calidad. En estos escauceos iniciales le valió la amistad de otro asturiano, Pedro González Blanco, un año mayor que él, secretario de la citada *Revista* y colaborador de dicho diario radical desde 1899. En 1903 fue también el puente que le facilitó su incorporación al grupo promotor de *Helios*. Pero en la producción periodística de esta fase de aprendizaje, sus apariciones en estas publicaciones belicosas y semi-bohemias fueron esporádicas y más bien testimoniales. Determinado a situarse cuanto

Recibido: 7-5-2011. Aceptado: 23-9-2011.

antes en el campo de la prensa profesional, volvió a encontrar ayuda en la conexión asturiana que le permitió acceder con cierta regularidad a otra revista nueva idónea para su pronto reconocimiento como escritor: *La Lectura*, dirigida por el gijonés Francisco Acebal. Fundada en 1901 por C. de Velasco, constituía una atractiva miscelánea intelectualista de creación, ensayo y crítica, donde el joven ovetense tuvo ocasión de redactar con toda libertad semblanzas literarias y notas bibliográficas entre 1902 y 1904. Hay otras tempranas colaboraciones suyas en *La España Moderna* —presumiblemente remuneradas—, y en *Nuestro Tiempo*, revista de arte e ideas promovida por el maurista Salvador Canals, redactor de *El Español*. Pero más llamativa en el orden práctico fue su temprana presencia en un semanario para el gran público como *Blanco y Negro*, con el relato *Viudo* (6-9-1903). De estos variados precedentes se deduce la imagen de un recién llegado dispuesto a buscar las mejores posiciones para asentarse en la sociedad literaria madrileña, preparando los cauces de su emancipación profesional en espera de su hora artística como escritor.

Desde una perspectiva literaria se ha señalado como constante de sus primeros trabajos periodísticos el interés por difundir la obra de autores simbolistas, leídos en sus lenguas originales, y su interés en deshacer falsos conceptos en torno a dicho movimiento artístico (Alonso 1997, De Juan, 2001). A ello hay que añadir la variabilidad —mejor, calculada alternancia— de modos de escritura que lo llevaba a compatibilizar en términos casuísticos la crítica judicial con la intuitiva, o a ensayar el dualismo armónico característico de sus primeras prosas conciliando con rasgos poemáticos la breve base etnográfico-costumbrista con la fuga espiritualista, a través de paisajes grises o crepusculares asociados simbólicamente a estados de ánimo. Así, la sólida base objetiva de la observación realista se compensaba y depuraba con el toque subjetivo, lírico, fundamentalmente artístico e innovador. Brumas y nieblas velando el diáfano perfil de seres y paisajes venían a constituir un nutriente frutivo para los finos matices místicos que postulaba una sensibilidad decididamente modernista.

Uno de sus artículos más antiguos fue un breve esbozo impresionista previo a su traducción de «Poemas de crepúsculo» del simbolista franco americano Stuart Merrill (1863-1915) en el primer número de la *Revista Ibérica*, 15-6-1902, 22 (Celma 1991: 86, Frieria & Cañas 1992: 952, De Juan 2001: 299). De su atención a la estética simbolista hay más testimonios en *La Lectura* (último cuatrimestre de 1902): maduras observaciones sobre géneros y frecuentes referencias a producciones literarias extranjeras, entre ellas novelas histórico-arqueológicas como *Les vierges de Syracuse* —Ollendorff, 1902— (Pérez de Ayala 1902c: 527-9), de la feminista bordelesa Jean Bertheroy, seudónimo de Berthe-Corinne Le Barillier (1868-1927), que tuvo el aura de su inaccesibilidad al público español pues ninguna de sus dos ediciones en castellano fue peninsular: la traducción parisina de Miguel de Toro en 1907 (Botrel 1993: 612) se dirigía al mercado americano precediendo a la bonaerense en la Biblioteca de *La Nación* (1909). En *La Lectura* publicó Ayala trabajadas presentaciones de Verhaeren y de Maeterlinck, el primero presentado como autor de visiones «quizás fantásticas en exceso, pero de singular belleza», que acertaba a plantear «el conflicto entre la voracidad de las ciudades y la cobardía y la candidez de los campos» cuya solu-

ción solo se atisba envuelta en densa bruma de símbolos» (Pérez de Ayala 1902a: III, 31-4). El segundo, simbolista, soñador delicado y profundo, decadente y místico positivista, un primitivo —en suma— capaz de urdir la emoción de

un conjunto de *misteriosas* combinaciones y ocultas fuerzas, que nuestros sentidos no pueden percibir ni nuestra inteligencia comprender [...], cuya atormentada imaginación, algo enfermiza quizás, se exagera con la solitaria permanencia en un medio ambiente de quimera y de ensueño, en la brumosa Bélgica, la de dormidos canales y muertas ciudades, la de bosques misteriosos y tristes viviendas silenciosas. (Pérez de Ayala 1903: III, 49).

Su primera colaboración en el referido diario republicano, dedicada a Antonio de Zayas, supuso un ferviente ejercicio de crítica subjetiva plagada de rasgos simbolistas. Sin pararse en distingos teóricos, su comentario de *Retratos antiguos* (1902) era un penetrante intento de conseguir aquella fusión de tendencias que constituía el ideal modernista para muchos poetas jóvenes. Zayas, en la Carta-prólogo dirigida a don Juan Valera, había puesto de relieve el carácter sintético de la innovación lírica española del novecientos, lamentando que los atavismos de una crítica tendente «a poner vallas al dilatado campo de arte» se hubiera empeñado en encasillarlo despectivamente como modernista:

Si se considera modernista al escritor que, menospreciando las obras maestras de los ingenios de otros siglos, se lanza irreflexivamente a buscar novedades, sin otra brújula que los versátiles decretos de la moda y sin más numen que la sugestión de los neuróticos innovadores de París [...] abomino del modernismo y me siento más inclinado a seguir la tradición y a saborear las obras de los poetas de nuestra edad de oro y de la infancia de la lengua castellana [...]. Pero si se da el nombre de modernista al literato que es capaz de comprender la inevitable transformación de todo cuanto existe, el que está convencido de que en el espíritu humano se operan continuos cambios, en armonía con las circunstancias y con el medio ambiente; si se considera modernista al poeta que cree que no hay para qué intentar reproducir en arte lo que ya está producido, y que no ha dicho aún la última palabra en sus dilatados dominios; al que no transige con la servil obediencia a decrépitas preceptivas [...], entonces tengo a gala llamarme modernista, y seguiré tratando de pasar como tal, sin que me asusten las invectivas de los que se empeñan en tomar los efectos como causas y como orígenes las consecuencias. (Zayas 1902: 7-8).

Aquel libro de ciento cinco sonetos, en consonancia con otras afamadas fantasías iconográficas, museos y teatros pictóricos de la época, ofrecía la novedad de ser un sistemático ejercicio interdisciplinar que traducía verbalmente impresiones visorias de otras tantas mediaciones pictóricas y, de hecho, constituía una curiosa lección de poesía histórico-artística. Zayas no era un mero descriptor de oropeles parnasianos, sino que —en ocasiones— insuflaba ideas críticas y sugerencias simbólicas en su tratamiento selectivo del modelo plástico en busca de una dimensión temporal, desigualmente lograda. Pérez de Ayala en su reseña renunció a toda sanción crítica para ensayar la recreación sensitiva que trataba de continuar la experiencia del poeta, a modo de paseo mussorgskiano por un imaginario museo guiado por el pintor Francisco Pacheco en una fantasía textual de afinidades que se resolvía en una de aquellas rupturas

finales tan gratas al joven literato ovetense. El artículo de Ayala venía a ser un ensayo de libre aproximación al texto, una fantasía donde no faltaba el elogio a Góngora, poco después exaltado en *Helios*, que «sonreía irónicamente animando las áridas pinceladas de Velázquez» mientras Pacheco le iba señalando retratos que adquirían vida y movimiento con el sople vivificador de los «rudos y consistentes endecasílabos clásicos» de Zayas, recitados en tono de iniciación o de misterio «en cuyo nervio se empotraban como piedras preciosas, sabios hipérbatos latinos en brillante retórica de orfebre». El contemplador se veía ridículo, vestido con «antiestético terno de paño catalán» entre aquel lujo magnífico y suntuario de otros tiempos, fascinado por el abigarrado grupo de personajes que «resurgían con la intensidad de la vida real», cuyo espíritu impalpable parecía desprenderse en una superior armonía de diferentes matices y entonaciones, misterioso murmullo aleccionador y sugestivo. Era entonces cuando «los tonos equívocos y esfumados de las voces iban trocándose en tonos pictóricos, equívocos y esfumados en un principio, barrocos y en bruto, pero que luego se precisaron en pura línea y brillantes colores para desfilan por mi alocada fantasía». El arrobamiento interartístico se desvanecía con el retorno final al tópico novecentista de «la ciudad gárrula, alborotadora con el tintineo de sus tranvías, los gritos estridentes de los vendedores y el estrépito ronco de algún coche simón sobre el empedrado desigual» mientras descendía sobre ella una «lluvia lenta y pertinaz» (Pérez de Ayala, 1902b). Sin embargo, en su segundo artículo en *El País* (4-2-1903) fustigó con rigor implacable al erudito menendezpelayista y reciente traductor de Fitzmaurice-Kelly, Adolfo Bonilla y San Martín, cuyo funambulismo académico, entre economista e historiador de la literatura, le pareció blanco fácil de una desproporcionada diatriba crítico-judicial lanzada desde las barricadas del simbolismo militante, que he analizado en otro lugar (Alonso 1997).

En abril de 1903 veía la luz el primero de los catorce números que, en poco más de un año, había de alcanzar *Helios*, cuyos promotores trataban de eludir la marginalidad editorial ofreciendo una revista cuidada y moderna, no necesariamente modernista puesto que invitaba a colaborar a escritores mayores como Emilia Pardo Bazán y Juan Valera. Conocidos suficientemente el contenido y significado de esta publicación por los estudios de O'Riordan (1973: 57-150), Celma (1991: 87-95) y otros, interesa recordar aquí la condición privilegiada del grupo de «paladines» de su «muy amada belleza» que tomó a su cargo inicialmente la financiación del proyecto con el compromiso de aportar cien pesetas mensuales, inalcanzables para el grueso de los escritores jóvenes que en la semiboheemia madrileña del novecientos aspiraban a abrirse un hueco en la sociedad literaria a través de la prensa. Contaron con más destacables apoyos, como los de los artistas catalanes Agustín Querol y Santiago Rusiñol (Crespo, 1999: 29-42), sin olvidar al argentino Carlos Navarro Lamarca —abogado de prestigio en Buenos Aires, especialista en Historia de América— quinto firmante del manifiesto fundacional de la revista, que había visitado a Unamuno en Salamanca avalado por Grandmontagne de Otaegui (1901), y que había colaborado con reseñas bibliográficas y algunos artículos en *La Lectura*.

Cuenta la esposa de Martínez Sierra (1953: 162) que Pérez de Ayala —último en incorporarse al núcleo fundamental de amigos formado por Gregorio y ella, Juan Ramón y Pedro González Blanco— disfrutaba entonces de la posición económica familiar más desahogada. Sabido es que el grado de confianza entre ellos permitió a María Lejarraga calificarlo cariñosamente como «el amigo imperfecto», mientras Juan Ramón Jiménez era el «perfecto» y González Blanco «el amigo fantástico» (Martínez Sierra 1953: 167). Pero sus penetrantes observaciones calaron hondo en aquel *amigo imperfecto* que, en su recuerdo de madurez, persistía voluble y ecléctico, tempranamente escéptico y provocador, desconcertante en la amistad, dueño de una inteligencia superior y de una curiosidad insaciable, ansioso de vivir, con la particularidad de una «disociación absoluta entre el entendimiento y el alma, entre el conocer y el sentir», aunque, a veces «en su brillantísimo cinismo, se encendía una chispa de ternura casi infantil» (Martínez Sierra 1953: 170-3).

Tras el satisfactorio arranque de *Helios*, en el verano de 1903, Ayala, apartado en «el solar nativo», se propuso la experiencia lírica de elaborar —«ajeno a todo orgullo, a toda vanidad»—, el compendio horaciano con ribetes místicos y primitivistas de *La paz del sendero*, tubo de ensayo de la nueva estética, lleno de osadías, donde cultivó «el poema ingenuo y sensitivo» sin sustraerse a la estela de los grises, las caravanas y las fieras modernistas y sin prescindir de un irrenunciable juego conciliador de contrarios, quizás secuela de su formación krausista: «La flor de madreSelva, nacida entre bardales, / vestía en el crepúsculo olores celestiales». La fascinación de la tierra asturiana provocaba la simulación literaria de una descarga de conciencia, convencional depuración de sus pretensiones mundanas en «Coloquios»:

Me parecen ahora tan lejanas / las mezquinas, estériles discordias cortesanas, / los odios enconados de partido a partido... / La gloria literaria para mí es tan pequeña, / que, hasta dudo que sea yo uno que ha recorrido / con interés la frívola etapa madrileña. (Pérez de Ayala 1915: 86).

Pero el joven poeta sabía bien que todo su arrimo a la «campesina calma» quedaba seriamente comprometido con su inevitable regreso a los «nimbos lunares» de la «ciudad nocturna». Por ello se apresuraba a dejar constancia de la incertidumbre que aquejaba a su espíritu antes de abrirse al desarraigo de la «vida universal»:

¿Se quebrarán sus alas en tan liviano vuelo? / Cuando vuelva a la aldea, ¿sabrá subir al cielo? / ¿Irá a dar en el fango de la trillada vía? / ¡Oh! ¿Qué será de tu caudal, pobre alma mía? / Y yo adoro este campo, que con afecto tierno/ supo curar mis males... («Epílogo», 100-1)

Con esta predisposición interior se había refugiado en Noreña durante aquel verano para reflexionar y distanciarse líricamente de su primer periodo madrileño aunque, de hecho, su apartamento fue compartido con invitados como Gregorio y María Martínez Sierra a quienes los calores estivales llevaron a su casa familiar en el mes de agosto:

Noreña, pueblecito en el interior, no muy alejado de Oviedo, es uno de los rincones del mundo que bien puede tenerse por trasunto del Jardín del Edén. Allí tenía la familia de

Ramón una casa con huerta en la cual la familia acostumbraba pasar el verano. Muerta ya la madre, retenido el padre en Oviedo por sus negocios, no estaba en la casa más que la gente joven. [...] Ninguno de los allí reunidos habíamos cumplido los treinta años, y en la casa, en la huerta, bajo las majestuosas arboledas de los caminos, entre las zarzas de los senderos, vueltos a la infancia, formábamos una república de chiquillos que ni pensaban, ni trabajaban, ni hacían otra cosa que dejarse vivir. [...] Ramón Pérez de Ayala parecía un ser completamente distinto de aquel indescifrable intelectual que en Madrid presumiera de cínico. Allí no era Pérez de Ayala, era sencillamente «Ramonín», como le nombraban todos los suyos. A un héroe, por mucho que lo sea, nunca le toma su familia completamente en serio. Comidas de abundancia homérica, unas veces en casa, otras en el campo, que empezaba a la puerta misma del caserón, horas de pereza en el huerto. «Ramonín» recitaba algunos versos de *La paz del sendero*, que estaba componiendo; largos paseos en la tarde y hasta bien entrada la noche bajo las raras arboledas. [...] ¿Cuántos días fueron? Según los cuente a lo extenso o a lo profundo, en el recuerdo, me parecen unas pocas horas o una eternidad. Por eso, cuando acierto a recordar al «amigo imperfecto», no puedo menos de sonreír agradecida y afectuosamente acordándome de «Ramonín». (Martínez Sierra 1953: 172-3).

En Noreña estuvo hasta comienzos del otoño, cuyo melancólico sosiego evocaba en el «Epílogo» de *La paz del sendero*. A poco de su regreso a Madrid, el 17 de noviembre de 1903, asistió con Martínez Sierra a un banquete-homenaje al cronista Gómez Carrillo en los jardines del restaurante Buenavista, en la calle Alcalá, presidido por Pérez Galdós, Agustín Querol y Manuel Reina con presencia de Rueda, Palomero, Nogales, Valle Inclán, Candamo, Bueno, Blanco-Belmonte, Machado, Ángel Guerra, Antonio Viérgol, Melchor Almagro, Hoyos, Luis Doreste, Rodrigo Soriano y otros que posaron ante la cámara fotográfica de Manolo Company<sup>1</sup>. Y muy a fines de año entregaba su primera aportación a una revista tan emblemática como *Alma Española*, donde a propósito del *Panteísmo asturiano* se resistía a secundar la teoría de la psicología diferencial de los pueblos aplicada al conjunto español que parecía implícita en la cabecera de aquel relevante semanario. Lo español era admisible como concepto político, pero «los íntimos entronques» anímicos tendían a la universalidad, salvando fronteras internacionales. Las únicas diferencias estimables las veía en la concreción del medio físico que en el caso asturiano le parecía bello sobre toda ponderación:

Cuanto la Naturaleza ha creado de abrupto y salvaje, de noble y prócer, de apacible y manso, de sugestivo y misterioso, encuéntrase allí repartido por mano pródiga y sabia. [...] Hay bosques centenarios, de temerosas espesuras, llenos de recogimiento religioso, de leyenda, de encantamiento. Y hay fragancia, blanda música de esquila y melancólicos cantos campesinos, temblando a todas horas en el aire. Las casucas humildes asoman de un lado y otro entre la umbría, con su tono pardo de lino viejo, como vedija polvorienta de un gran rebaño esparcido, y a las veces el humo azuloso y diáfano sube hasta el cielo en derechura inflexible de transporte místico<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Información en *El País* y en *El Liberal*, 18-11-1903.

<sup>2</sup> «Panteísmo asturiano». *Alma Española* 7 (20-12-1903), 11.

Pérez de Ayala debió de conocer muy pronto al joven José Ortega y Gasset, ya colaborador de *Helios* en 1903 bajo el seudónimo de *Rubín de Cendoya*. Sabemos por Juan Ramón Jiménez (1953: 44) que, en la primavera de 1904, Ramón lo llevó a casa del doctor Simarro, con quien el poeta vivía, porque Ortega deseaba agradecerle el envío de *Arias Tristes* y despedirse de él antes de su marcha a Alemania. El encuentro tuvo como fondo la indiscutida autoridad de Los Lunes de *El Imparcial*, donde —recordaba Juan Ramón— se había publicado

una nota anónima muy halagüeña para mí, sobre mis *Arias tristes*, con un poema copiado de dicho libro, el de los tres bueyes grandes que empequeñecían la aldea; y aunque yo estaba seguro de que la nota la había escrito Ortega o la había incitado, ya que su padre era entonces el director de *Los Lunes*, no tuve la franqueza de agradecersele directamente, puesto que él tampoco me confesó lo que yo esperaba<sup>3</sup>.

Quizás por azar, Ayala resultó más favorecido que el hijo del director si nos atenemos al hecho de que su primera colaboración en *Los Lunes* —el cuento «Quería morir...» (1-2-1904) lleno de connotaciones crepusculares— se produjo cinco semanas antes que el debut de su amigo Ortega en dicho suplemento, aunque de la común curiosidad estética daba fe el hecho de que coincidiera en su interés por Maurice Maeterlinck, «El poeta del misterio» (14-3-1904). Por aquellos días, bajo el irresistible ritual de los banquetes literarios, Pérez de Ayala asistió, siempre junto a Gregorio Martínez Sierra, al homenaje a Galdós por su estreno de *El abuelo*, promovido por Julio Burell en Fornos, el 16 de marzo, del que dio amplia cuenta la prensa del día siguiente en primera plana. «Condenados a Fornos perpetuo», como bromeaba el gacetillero de *El País*, asistieron a la cena más de un centenar de comensales entre ellos Ortega Munilla y su hijo Pepe<sup>4</sup>. Tomaron la palabra el propio Burell, para proponer un homenaje nacional a don Benito, Luis Morote y, finalmente, el propio Galdós que leyó un breve discurso identificándose con la juventud intelectual:

Satisfacción grande es para mí verme entre los que luchan sin tregua ni respiro por las ideas, por la cultura, por el bienestar patrio. Sois la única fuerza que ha sobrevivido a nuestros desastres, la fuerza mental. Permitidme que a esa fuerza me agregue, proclamando la solidaridad de nuestra misión. Vosotros y yo somos soldados que nos lanzamos hacia el mismo fin estratégico, y triunfamos o perecemos en las mismas batallas. Y si alguna vez vuestra benevolencia me coloca en sitio delantero, lo hacéis atendiendo

<sup>3</sup> La reseña de *Arias tristes* se publicó el 28 de marzo de 1904. La entradilla lo presentaba como un poeta lleno de tristeza que vertía sobre las cosas y sobre los recuerdos. «Sus composiciones son como cuadritos a la aguada de gran sencillez, suavidad y ternura. Los campos que en un atardecer tranquilo tiemblan dulcemente bajo el humo de las chimeneas blancas de una aldea, jardines de evonimus y rosas que a la noche tienen una calma inquietante, como habitada por almas, lejanas visiones de momentos sentimentales; todo esto libertado de líneas duras, de contrastes, como visto en recordación y sugerido por medio de imágenes tenues, enfermizas, va pasando a través de las páginas bellísimas de este libro. El poeta, al mirar las campiñas y los jardines y las noches, halla por todas partes la sombra melancólica de su espíritu, tendida como un velo...»

<sup>4</sup> Cfr. «Homenaje a Galdós». *El País*, 17-3-1904; «A Galdós. Una comida en Fornos», *El Imparcial*, 17-3-1904, ambos con el texto íntegro del discurso de don Benito. Vid. también: «Banquete a Pérez Galdós. Homenaje Nacional». *El Liberal*, 17-3-1904.

al privilegio de los años y a que me ha tocado llevar una bandera, que en cierto modo no carece de significación gloriosa, la bandera de la tenacidad, que no soltaré de mi mano sino con la vida. [...] Los jóvenes, porque lo son, y los viejos, porque lo hemos sido, apliquemos con entusiasmo toda nuestra voluntad a extraer del duro terruño español estas riquezas capitales: la Ciencia, que vigoriza a las naciones, y el Arte, que las ennoblece. (Dendle 1991: 79-80).

Poco después se producía la integración de Ayala en la vida ateneísta que tanto había denostado a su llegada a Madrid en sus diatribas contra Bonilla y contra Jacinto Octavio Picón (Alonso, 1997: 208-9). Fue a principios de junio, por votación de 290 socios, cuando el autor de *La paz del sendero* alcanzaba la condición de secretario de la Sección de literatura compartida con José Ortega y Gasset, Mauricio López Robert y Enrique de la Vega, bajo la presidencia de Navarro Ledesma y la vicepresidencia de Francisco A. de Icaza<sup>5</sup>. Conviene prestar atención a todas estas circunstancias coincidentes y, sobre todo, a que Burell estaba preparándose, por encargo de la familia Gasset, para dirigir un ambicioso proyecto periodístico. Aquel atípico exgobernador civil, tan admirado por los jóvenes intelectuales del fin de siglo por su mítico artículo «Jesucristo en Fornos<sup>6</sup>», puso en marcha el diario ilustrado *El Gráfico*, en junio de 1904, coincidiendo con el último semestre del *ABC* semanal, tras malograrse ciertos contactos entre los Gasset y los Luca de Tena para crear conjuntamente un poderoso medio de información gráfica. La empresa de *El Imparcial* pretendía sacar rendimiento a una nueva rotativa de fabricación alemana, pero el empeño no cuajó pese a la escasez de competidores. Las denuncias sufridas por sus resueltas informaciones sobre la represión de jornaleros anarquistas en el pueblo gaditano de Alcalá del Valle, sumadas al elevado precio de venta (10 cm ejemplar), determinaron la desaparición de aquel moderno diario en el mes de diciembre. Burell había tomado por modelo el berlinés *Der Tag* para diseñar un periódico de dimensiones variables —entre 8 y 16 páginas— donde el juicio político del día, la información general y los telegramas de alcance se pudieran imprimir al mismo tiempo que la novela ilustrada, la crónica gráfica de actualidad y las secciones de ciencias, industria, agricultura, etc. Para realizarlo se había rodeado de colaboradores jóvenes: Bargiela, Bernardo G. de Candamo, Hoyos y Vinent, *Claudio Frollo*, Fernández Arias, Salaverría, Pedro Mata, Francisco Camba, Enrique de Mesa... Pérez de Ayala participó asiduamente en los dos primeros meses de existencia de aquel diario, firmando una media de dos artículos por semana. En los últimos, siempre atento al cultivo de sus relaciones, se ocupaba de *Dolorosa*, segunda novela de su amigo Acebal, contextualizándola en la disgregación decadente de un género que, superado el «objetivismo impersonal de los naturalistas» había de dar cuenta del «egoísmo psicológico e incoherente de la vida». Ello obligaba al novelista a pintar la vida, no tal como era, sino tal como ante sus ojos se manifestaba, «es decir, incoherente, ilógica, saltante y difusa». Al crítico, por su parte, le tocaba abandonar el «infantil aplomo» de su función judicial para comprometerse con apreciaciones más comprensivas y maduras. (Pérez de Ayala 1904: I, 8).

<sup>5</sup> «Ateneo». *El País*, 5-6-1904, 2.

<sup>6</sup> *Heraldo de Madrid*, 1-2-1894.

Fue a mediados de agosto de 1904 cuando le llegó confusa la noticia de cierta pérdida familiar que afectaba a Ortega Munilla, en medio de un malentendido que trocaba la muerte de la madre con la del padre. Seguramente su grado de amistad con los Ortega no había llegado al conocimiento de menudos pormenores de parentesco. Poco importaba, ni era posible comprobarlo. Lo procedente, desde su retiro asturiano, era una breve carta de pésame si deseaba mantenerse dentro del campo de atención del influyente director de *El Imparcial*:

[Carta 1.<sup>a</sup>]

Asturias y Noreña. 14 Agosto [1904]<sup>7</sup>  
Al Señor don José Ortega y Munilla.

Mi distinguido amigo:

Vivo encerrado en mi aldea sin saber nada de cuanto por el mundo acontece. Así no es de extrañar que hasta hoy no haya tenido noticia de la muerte de su señora madre<sup>8</sup>.

Yo pudiera aderezarle a V. con esta ocasión, unos cuantos párrafos de retórica sensiblera; pero, sé, que cuanto se diga es inútil y vano. Tenga V., no obstante, mi querido don José, la seguridad de que su dolor es compartido en la medida que cabe, por quienes como yo, están unidos a V. por lazos de afectuosa simpatía y de reconocimiento. Le besa l. m. Ramón Pérez de Ayala.

Aunque poco después viajó de nuevo a Madrid, donde se hallaba a comienzos de septiembre pronto regresó a Oviedo donde permaneció la mayor parte del otoño y el invierno siguientes (Pérez de Ayala 1980: 37-51). A finales de octubre se desahogaba en clave íntima ante Rodríguez Acosta hablándole grotescamente de su *empeñamiento cerebral* y haciendo gala de su cinismo metódico al decirle que pensaba ponerse a trabajar «en coña y buscando por todos los medios lícitos o ilícitos estéticamente el halago fácil de esas malas bestias —los editores y directores de periódicos— y ese animal inmundado —el público—» (Pérez de Ayala 1980: 44).

Como su vuelta a Madrid se pospuso hasta la primavera de 1905, no llegó a tiempo de suscribir la sonada protesta contra el homenaje a Echegaray que redactó Valle-Inclán a mediados de febrero (De Juan 2001: 315, Pérez de Ayala 1980: 37-49). Una vez en la Corte, se decantó por la agitación intelectual que trataba de incidir de manera inmediata en la realidad socio política. De nuevo la sombra de Pedro González Blanco parecía gravitar sobre él y sobre otros amigos del disgregado núcleo de *Helios*, atrayéndolos al proyecto militante de *La República de las letras*, semanario de corta vida —catorce números—, respaldado por Blasco Ibáñez, que comenzó a salir en mayo con el decidido propósito de reforzar la presencia social de los escritores ra-

<sup>7</sup> Dos carillas en papel de barba, sin indicación de año. Las tres cartas que se transcriben se conservan en el fondo epistolar de Ortega Munilla en la Fundación José Ortega y Gasset.

<sup>8</sup> En realidad quien murió en Málaga el 6 de agosto de 1903, a los ochenta años de edad, fue José Ortega Zapata, padre del destinatario. La madre, Pilar Munilla y Urquiza, había fallecido en 1869. Vid. la nota necrológica en primera plana de *El Imparcial*, 7-8-1904.

dicales en pacífica convivencia de tendenciosos y modernistas puros. González Blanco figuraba en su comité de redacción, junto a Galdós, Morote y Rafael Urbano. Burell, Martínez Sierra y Juan Ramón Jiménez estaban entre los colaboradores. Las principales aportaciones de Pérez de Ayala fueron el cuento «La última aventura de Raposín» y la publicación en tres entregas del texto de su conferencia «Don Quijote en el extranjero» pronunciada en el Ateneo de Madrid dentro del programa conmemorativo del III Centenario, donde —ironías de la vida— acabó compartiendo cartel en la feria cervantina con el vilipendiado don Adolfo Bonilla y San Martín<sup>9</sup> (Sawa 1905: 274, Alonso 1997: 209, Villar 2005). Del quijotismo finisecular de Ayala nos brinda un preciso diagnóstico el imprescindible estudio de Amparo de Juan (2001: 302-4), que concluye su clara «equiparación entre el Quijote como personaje y el alma o raza española, la grandeza del pasado y la esperanza del porvenir». Pero veamos cómo daba cuenta comprimida de la mencionada conferencia una gacetilla de alcance en *El Imparcial*<sup>10</sup>:

El Sr. Pérez de Ayala leyó un estudio erudito y de sana crítica acerca de «Don Quijote en el extranjero». La obra de Cervantes es perfectamente asequible a los que no han nacido en España, ni conocen nuestra lengua, afirma con razón el Sr. Ayala.

Algunos eruditos que han tratado de la intraducibilidad del «Quijote», al expresarse así se han referido a que ciertos giros y modismos no tienen correspondencia cabal en lenguas extranjeras. Heine y Tourgueneff compusieron acaso los dos mejores y más profundos estudios sobre el «Quijote», y Macaulay escribe en su estudio sobre Dryden que el «Quijote» constituye las delicias de los escolares, para quienes las figuras del Caballero errante y de su mofletudo escudero son tan familiares como los rostros de sus camaradas más íntimos, aun cuando aquéllos lean el libro en traducciones detestables.

En la variada actividad de las secciones ateneístas otros programas ponían a prueba la fidelidad obligada de un significativo elenco de intelectuales —más o menos jóvenes— al clan de *El Imparcial*, como se puso de manifiesto en una conferencia de Rafael Gasset sobre política hidráulica, el 20 de mayo de 1905. Pérez de Ayala es-

<sup>9</sup> «El Centenario del “Quijote” en el Ateneo». *El Imparcial*, 25-4-1905, 1. La conferencia de Pérez de Ayala, anunciada inicialmente para el 4 de mayo, sufrió doble aplazamiento hasta el domingo 7. *Vid.* el seguimiento diario de estos actos en el citado periódico. Respecto a Bonilla y San Martín, que disertó sobre «Don Quijote y el pensamiento español», tiene cierto interés el observar que seguía siendo objeto de las radicales descalificaciones de *El País*, que le aconsejaban su alejamiento de los estudios literarios con algunos argumentos de los empleados por Ayala para hostigarlo en sus páginas tres años antes: «...¿Qué dijo este señor en su discurso? Absolutamente nada, a no ser que, como dichos, consideremos unas cuantas nociones vagas que figuran en los libros de texto anteriores al año 50. ¿Por qué habla el Sr. Bonilla del libro más divino de todas las literaturas como si explicase una lección de derecho mercantil? No se sabe la razón, pero se vislumbra, y aun pudiera muy bien conjeturarse. ¿No ve este ateneísta conferenciante el religioso respeto que mereció el *Quijote* a espíritus tan grandes como Heine y Tourgueneff? La meditación sobre este particular será provechosa al Sr. Bonilla y le inclinará quizás al derecho» («En el Ateneo. Conferencias cervantistas». *El País*, 8-5-1905, 2).

<sup>10</sup> «El Centenario del “Quijote” en el Ateneo». *El Imparcial*, 8-5-1905, 2.

tuvo entre los asistentes junto a Luis Bello, Enrique de Mesa, *Azorín*, Manuel Bueno, López Ballesteros, Burell y —quién lo pensara— junto a don Miguel Primo de Rivera, cuya presencia en un acto de la fracción liberal gassetista que desarrollaba ideas tomadas del regeneracionismo costista, aporta una estimable corrección a tópicos muy arraigados que se consolidaron veinte años más tarde, en tiempos de su dictadura<sup>11</sup>.

Como es sabido, la creciente efervescencia intelectual de aquellas semanas culminó a fines de junio con la protesta de los intelectuales «revisionistas» contra el gobierno recién formado por Montero Ríos (Alonso 1985: 28-51):

Nos mueve una dolorosa y violenta angustia, casi una desesperación anárquica ante el espectáculo de un pueblo entregado a quien no vacila en despojarse de toda fuerza moral, para crear en el gobierno de la nación un asilo a sus hijos, a sus yernos y a sus criados.

Nosotros alejados y desdenosos de la política y sus medros, ante el silencio guardado por aquellos en quienes era mayor deber hablar, nos alzamos jueces de este linaje de ambición, que concita el rencor torvo y airado de todo un pueblo.

El hombre que firmó el Tratado de París está hoy definitivamente juzgado, al constituir con el cortejo de sus deudos un gobierno nepotista que carece de aquellos prestigios de cívico acierto y altruista empeño que reclama la vida aciaga de España.

Entre los 26 firmantes figuraban Pérez de Ayala y González Blanco, pero no el prudente Martínez Sierra. No obstante, por aquellas fechas, su cordial relación con los editores catalanes Pablo y Manuel Salvat, a los que representaba comercialmente en Madrid, bien pudo haber facilitado la publicación de la novela corta del ovetense *El último vástago*, seriada entre junio y noviembre en *Hojas selectas*, la esmerada revista mensual que aquellos publicaban en Barcelona (Martínez Sierra 1953: 163).

Las prolongadas dificultades de Los Lunes de *El Imparcial* a causa de la ley del descanso dominical y la irresolución de la empresa Gasset para convertirlos en revista gráfica, no se resolvieron hasta mediados de 1906, tras la constitución de la Sociedad Editorial de España, con *El Liberal* y *Heraldo de Madrid*. El paso de Ortega Munilla a la vicedirección de la misma aparejó la reorganización del suplemento, con la implicación de su hijo Pepe, que tuvo un activo papel en la selección de los colaboradores. Consta que el joven Ortega realizó consultas sometiendo su «programa» a escritores prestigiosos, como Unamuno y Galdós<sup>12</sup>. Se recuperó al antiguo redactor Luis

<sup>11</sup> «En el Ateneo. Conferencia del Sr. Gasset». *El Imparcial*, 22-5-1905, 1.

<sup>12</sup> «El programa que se han trazado para los nuevos *Lunes* —escribía Unamuno a Ortega el 17-5-1906— me parece, objetivamente, bien, muy bien, de perlas. Bien lo de que sea barda la disposición legal del público genuino de *El Imparcial* —disposición que desconozco—, bien que no admitan ni la afirmación gratuita ni el escepticismo de quinta mano, bien que quieran darle a la hoja deo educativo y mejor que nada el que usted no se sonroje en devolver artículos al lucero del alba. (Siempre es más considerado devolverlos que no retenerlos y no publicarlos.) Muy bien todo, muy bien el lema». (Ortega y Gasset & Unamuno 1987: 37). Galdós, que se había retrasado en la entrega de un artículo-estrella sobre Navarro Ledesma, tuvo que ser apremiado por el propio Ortega Munilla el sábado 26 de mayo para que cumpliera a tiempo, prueba de que el director cesante no se había desen-

Bello<sup>13</sup> encomendándole la responsabilidad de la hoja mientras Constantino Román Salamero actuaba como coordinador en la sombra. En la nueva nómina de colaboradores Pérez de Ayala estuvo presente con siete artículos entre el 11 de junio y el 10 de diciembre. Pero después de esa fecha tropezó con dificultades, según exponía a Galdós, en carta de 24 de diciembre desde Oviedo, quejoso de que una de sus colaboraciones fuera retenida sin ninguna explicación:

Maestro: Recibí *Prim* a su debido tiempo y luego de leerlo y cavilar acerca de su contenido, apliquéme a plumar todas aquellas cosas que me hubiera sugerido, pues juzgaba que la más adecuada manera de agradecer la dádiva era manifestar de esta suerte mi admiración y rendiros al mismo tiempo mi magro homenaje. Envié el artículo en cuestión, cuyo rótulo es: «El iberismo; diálogo hermenéutico», al *Imparcial*; de esto hace

---

tendido tajantemente del suplemento: «Querido D. Benito: Bello me dijo que iba usted a enviarme para reanudar la publicación de los *Lunes* de *El Imparcial* un artículo sobre Navarro Ledesma, noticia que me llenó de satisfacción y orgullo. Pero ahora me dicen que no podrá usted entregar el trabajo para el número de pasado mañana porque contaba con su trabajo de usted como base principalísima del éxito. Mucho le agradecería que aun a costa de algún esfuerzo me remitiese el artículo mañana por la noche a la redacción. Muy suyo, affmo. amigo y admirador J. Ortega Munilla. Hoy, sábado.» (De la Nuez & Schraibman 1967: 220-1). La semblanza galdosiana de Navarro Ledesma se publicó el 4 de junio en folletón corrido.

<sup>13</sup> Del salmantino Luis Bello Trompeta (1872-1935) se conservan en la Fundación Ortega y Gasset dos cartas a Munilla anteriores a 1906, de las que hago mención por cuanto revelan de dignidad profesional y patetismo relativos al funcionamiento diario de la redacción, habitualmente opaco. En la primera, fechada el 20 de noviembre de 1903, exponía los motivos por los que abandonaba *El Imparcial* al sentirse preterido por su director de quien, sin embargo, se mostraba amigo agradecido: «... Por afecto personal a ustedes, por agradecimiento a repetidas bondades de Vd. como director y como amigo, por el cariño que he llegado a tomar al *Imparcial*, en tres años de trabajo junto a compañeros cuya amistad es para mí inapreciable siento abandonarles aun comprendiendo que debo hacerlo. Desde mi entrada en Nuevo Mundo hecha con el consentimiento de Vd. y satisfacción de Pepe Gasset como medio de hallar un ingreso absolutamente necesario para mi vida y la de mi familia —usted me aseguró que había perdido mi porvenir dentro de *El Imparcial*. En efecto, desde entonces no logré ser útil al periódico aunque nunca me faltaron deseos y tuve que resignarme a entrar en la reserva retribuida de que tantas veces le he oído abominar. Durante la ausencia de Vd. este verano mi buen amigo López Ballesteros me hizo colaborar con él algunas veces y mis artículos agradaron a Vd. Esperaba yo que a su vuelta esos trabajos míos me sirvieran para que Vd. los estimara al menos como demostración de mi buena voluntad. No ha sido así, ni he merecido la menor palabra de Vd., ni mucho menos indicación de que siguiera ayudándole fuera del trabajo mecánico de los telegramas o de las traducciones francesas. En vista de eso dejé de hacer mi visita diaria al periódico, más bien molestado en mis esperanzas y en mi amor propio que deseoso de abandonar el trabajo definitivamente. Con toda sinceridad le aseguro que no pensaba llegar a este trance. Ahora, después de tantos días es ridículo pensar que esto no ha sido más que un paréntesis y sintiéndolo muy de veras confirmo la despedida que de hecho había planteado ya...» La segunda carta es una patética esquila fechada el 16 de abril de 1905 solicitando un anticipo a cuenta de su artículo «Del espíritu francés. La hospitalidad parisién» publicado en *Los Lunes* el 21 de mayo, por el que le correspondía cobrar cincuenta pesetas: «Querido Ortega: Continúo enfermo y sin poder salir por la noche. Apurado y reducido a escasa colaboración agradecería a Vd. en el alma que a cuenta de mi artículo me enviase lo que buenamente pueda. Yo le mando a Vd. el recibo para que luego le entregue y encarecidamente le ruego que perdone estas pequeñas miserias. Mil gracias por este nuevo favor de su buen amigo Luis Bello».

cosa de cuatro o cinco semanas. Y cosa rara, en este periódico donde hasta ahora han tenido conmigo atentas consideraciones que no merezco, donde así que recibían mis lubricaciones las publicaban por frívolas que ellas fueran, ahora, que se trata de un trabajo urdido concienzudamente —tan concienzudamente como me es dado conseguir—, documentado con solicitud y escrito con los más representativos vocablos de mi léxico y los más limpios giros de mi sintaxis, encuentro que se me olvida y se me desaira; se nos desaira. Puedo decir que han sido siempre injustos. Cierto que el artículo sólo para V. era, y en este respecto al *demos* de los lectores no interese; pero... —corto el sentido por no caer en expresiones que pudieran tener trazas de adulación. Ello es que yo se lo pediré al Sr. Bello y se lo enviaré a V. cuyo juicio es únicamente lo que me importa. Con el culto de mi admiración Ramón Pérez de Ayala. Oviedo, 24-12-1906. (De la Nuez & Schraibman 1967: 79).

Se hace presente en esta epístola a Galdós la autoironía retórica, de humorista profundo, que Andrés Amorós advirtió en sus primeras misivas a Miguel Rodríguez Acosta (Pérez de Ayala 1980: 14). Y de irónica picardía estaba impregnada también su segunda carta a Ortega Munilla cuando, al planear su traslado a Inglaterra en las primeras semanas de 1907, recababa el respaldo de este al ofrecimiento de sus servicios como cronista-corresponsal en Londres, hecho al presidente del *trust*, Miguel Moya. Lo particular del caso era que, al pedir el aval de Munilla, no dramatizaba reclamando socorros primarios para sobrevivir en el extranjero, sino que razonaba con elegante ingenio su interés en trabajar para disponer de recursos económicos con los que sostener el cualificado lujo de los libros y de la lectura: plusvalías intelectuales para cultivo del espíritu.

[Carta 2.<sup>a</sup>]<sup>14</sup>

Al Señor Don José Ortega Munilla

Mi respetado y admirado Don José:

Hoy mismo escribo al Sr. Moya, solicitando de él un favor, en la concesión del cual ha de tomar V. no pequeña parte. Ruégole a V. me preste su benevolencia y protección, que me moverán a un reconocimiento tan grande como el favor que solicito.

Yo pienso ir a Inglaterra, mejor dicho, deseo ir a Inglaterra; mas, el dinero que mi padre pueda darme, si bien lo suficiente para vivir, no llega a ponerme en aquellas condiciones necesarias para que mi estancia sea provechosa. La compra de libros, por ejemplo, me estaría vedada, y otra porción de cosas imprescindibles para penetrar en el espíritu del pueblo inglés. Una colaboración segura, aunque no frecuente, y una remuneración por pequeña esta fuere, me resolverían el problema. Yo soy un hombre de muy morigeradas costumbres y parsimonia en los gastos. Mi única pasión son los libros. Deseo satisfacerlos.

Ignoro si esto que les pido es difícil o no de conseguir. Sólo sé decirle que es el más grande favor que V. me puede hacer y como tal se lo agradeceré, sumando mi gra-

<sup>14</sup> Carta sin fecha, presumiblemente escrita en marzo de 1907. El texto fue reproducido por Caffarel (1989: 521-2) en su tesis doctoral sobre Ortega Munilla.

titud a otra porción de pretéritas mercedes que nunca olvida su humilde amigo y admirador Ramón Pérez de Ayala.

La merced le fue concedida y su primera crónica como corresponsal de *El Imparcial* —en la sección fija «La semana en Londres»— veía la luz en *Los Lunes* el 15-4-1907. Desde esta fecha hasta finales de julio publicó con esta rúbrica catorce correspondencias en el suplemento. Entre julio y principios de diciembre sus crónicas se dispersaron entre semana en los números ordinarios, bajo el nuevo marbete «Desde Inglaterra», que alcanzó cincuenta y una entregas. Salvo que mediara algún contrato específico, a tenor del mínimo habitual de 50 pesetas por artículo que la empresa Gasset pagaba a sus colaboradores jóvenes en *Los Lunes*, podría estimarse que Ayala obtuvo por sus crónicas para *El Imparcial* un rendimiento aproximado de cuatrocientas pesetas mensuales. En cualquier caso, parece que su relación en aquella fase de su vida con este diario dejó de ser satisfactoria a fines de año, coincidiendo con el agri-dulce aguijón crítico de Gómez de Baquero a *Tinieblas en las cumbres*, empeñado en endosarle la etiqueta de «novela lupanaria» e insistiendo en una ambigua descalificación moral pese a reconocerle talento, imaginación, poesía honda, caridad humana, ironía y arte literario:

[...] no podemos negar que la novela de Plotino Cuevas está bien escrita, que tiene plasticidad descriptiva y movimiento dramático. Su autor es positivamente un novelista que, cuando resucite (porque la historia de su muerte no nos ha convencido de ninguna manera), escribirá quizás sobre más limpio y honesto asunto, con lo cual se granjeará el aplauso de mayor número de personas. [...] El que esto escribe no es uno de esos ásperos moralistas que niegan el agua y el fuego a las obras de arte que se apartan de los severos cánones del recato. En lo licencioso no puede haber arte, dicen algunos. Esta sentencia es falsa. Arte puede haber, aunque sea mal empleado, y cuanto más artísticas sean estas obras más peligrosas serán, por ser mayor la seducción que pueden ejercer sobre la fantasía.

Hay que pedir, pues, al Sr. Plotino Cuevas, ya que sabe novelar con arte y desenfado, que desista de corromper a sus contemporáneos o de edificarlos por tan errado camino, que despierte en ellos la curiosidad y la tentación del pecado. En otros asuntos novelescos podrá lucir mejor su ingenio<sup>15</sup>.

Después de esta reseña solo se registra una correspondencia «Desde Inglaterra» (2 de diciembre) en *El Imparcial*. Un mes más tarde se abrió su colaboración en *ABC*, donde publicó tres artículos por semana entre enero y marzo de 1908, truncada por la trágica muerte del padre en el mes de febrero (Pérez de Ayala 1985). Pero mucho antes, presumiblemente a mediados de año, el corresponsal dirigió su tercera carta sin fecha a Ortega Munilla expresando su agradecimiento y solicitando los consejos que el veterano periodista pudiera ofrecerle. Su tono aparenta ir más allá del mero cumplimiento convencional por el favor recibido y produce la impresión de que subyacen razones ignoradas de excusa o desagravio. Ignoramos si su demanda de magisterio llegó a tener respuesta:

<sup>15</sup> E. Gómez de Baquero: «Revista Literaria». Los Lunes de *El Imparcial*, 25-11-1907.

[Carta 3.<sup>a</sup>]<sup>16</sup>

*Membrete:* «White Hall Residential Hotels 23&22 Coram Street. Rusell Square London WC»

Mi querido don José: Algún tiempo antes de venir a Inglaterra le escribí a V. una carta, desde Oviedo, a la cual no he tenido el honor de recibir contestación de V. Pudiera ser, —en España siempre es esta una razón de mucho peso— que se perdiera; pero, pudiera ser, también que V. no me quisiera contestar, y en este caso era señal de que V. estaba enojado conmigo, y como las causas no se me alcanzaban y desde luego, de ser cierta la hipótesis, eran ajenas a mi voluntad, esto me originó no flojo disgusto. Desde entonces pensé en repetidas ocasiones escribirle, pero no sabía en qué términos, a causa de mi duda, y de aquí el que no lo haya hecho hasta ahora.

En este momento lo primero que debo decirle es que le estoy muy agradecido, pues es para mí cosa cierta que en las decisiones que el Sr. Moya ha tomado respecto a mi colaboración en «El Imparcial» V. ha tomado una gran parte. Y hecha esta declaración, que yo desearía tan intensa como mi reconocimiento, me atrevo a solicitar de V. consejos y advertencias que me lleven por el camino justo en mis escritos de colaboración. No ignoro que sus ocupaciones son múltiples y que es gran sacrificio mutilar su tiempo en escribirme; con todo solicito de su benevolencia, experiencia y maestría en el arte del periodismo, que me indique la orientación que debo seguir y aquello que debo evitar, y que si alguna vez me descarrío sepa perdonarme llamándome a la buena vereda.

Su admirador y amigo q.l.b.l.m. Ramón Pérez de Ayala.

En el artículo inaugural de la segunda serie de *El Imparcial*<sup>17</sup> (miércoles 10 de julio) —analizado por Amparo de Juan (2001: 307-8)— Pérez de Ayala había expuesto su voluntad de someter su trabajo informativo a un «fin didáctico» cuya realización «me eduque y eleve» para mayor provecho del lector español al que convenía explicar por qué Inglaterra como potencia política y económica se había situado en las antípodas de la maltrecha España:

«¿Qué misterioso poder —me interrogaba yo a mí mismo— ha conducido a este pueblo a tan prócer eminencia?» y «¿qué misterioso poder o fatal contingencia ha traído al estado actual a nuestra amada España?».

Buscando respuesta a esta doble interrogación Ayala se proponía investigar las cualidades que a través de la historia habían hecho poderoso al pueblo inglés para seleccionar las que, trasplantadas a España, pudieran ser cultivadas con fortuna. Sobre tal base su previsión de futuro no podía ser más halagüeña, expresada tempranamente con las imágenes más gratas al simbolismo profético nacional de la machadiana «España que alborea» regenerada aquí por «los albañiles del porvenir» —el autor y su público— sujetos finalmente a la hiperbólica fórmula del juramento patriótico:

<sup>16</sup> Carta sin fecha, c. mayo-junio 1907.

<sup>17</sup> «Desde Inglaterra. Propósitos». *El Imparcial*, miércoles, 10-7-1907.

Yo entreveo una suave claridad auroral sobre la infinitud terrible de nuestras llanuras, adivino un sol que camina hacia el horizonte desde la noche y aguardo su orto con estremecida y honda emoción; y cuando así pienso, siento cómo la vida, que hasta hace muy poco tiempo no fue para mí sino una vacuidad y negra desolación, adquiere algún sentido.

Albañiles de lo porvenir, modestos y tenaces reconstructores del edificio en ruinas, del edificio venidero que sobre el antiguo se ha de alzar, debemos ser tú y yo, lector amigo. Yo te proporcionaré los materiales que pueda, de todo linaje, tú los debes apilar y ensamblar como mejor sepas. Y si así lo hacemos, que Dios nos lo premie y si no que Él nos lo demande.

Las líneas dominantes de estas correspondencias publicadas en *El Imparcial* a lo largo de 1907 han sido detalladas por Amparo de Juan (2001: 305-7) y, en general, se encuadran en un optimismo regenerador de amplia base histórica y cultural. Pero esta cara positiva y visible tenía otra oculta que se deja entrever en su correspondencia epistolar. Al animoso idealismo público se oponía el hastío privado, el cansancio, el relativismo escéptico... De su trabajo periodístico confesaba a Rodríguez Acosta (3-9-1907) que se sentía «siempre con la mano un poco cansada de trazar ligeras majaderías para *El Imparcial*, y pesadas majaderías para *La Nación* de Buenos Aires, de la cual soy corresponsal». Pero, aparte estas tempranas correspondencias argentinas de las que no conozco inventario, lo que llama la atención en esta misma carta es la decepción del escritor que tiene más de sarcasmo romántico que de lucubración intelectualista:

Cada día siento más aversión al esfuerzo, y nunca comprendí tan hondamente su inutilidad como desde que estoy en Londres, en donde todo el mundo se esfuerza en vano, sin otro fruto que el de adquirir un poco más de brutalidad y un mucho de egoísmo. Cada día cojo la pluma con mayor desdén, y cuando se me ocurre una cosa intensa y bella me guardo muy bien de trasladarla al lenguaje, porque estoy convencido de que no hay público que merezca una margarita de esas que de tarde en tarde se encuentran en el fondo del alma, después de una tormenta, como las otras, las falsas, en el fondo del mar. Perdóname esta metáfora ridícula. Querido Miguel, cada día estoy más hastiado de todas las cosas, y por lo tanto más alegre por fuera, hasta que llegue la ocasión en que reviente de risa... (Pérez de Ayala, 1980: 73-4).

Andrés Amorós (1972: 100-03) ha observado a propósito de *Tinieblas en las cumbres* que la dualidad de intelectualismo y vitalismo en Ayala no conduce a un optimismo hedonista e irreflexivo, sino a la búsqueda existencial del sentido de la vida para conjurar la conciencia de la finitud humana.

\* \* \*

Entre lo público y lo privado, entre el resignado encarrilamiento cotidiano y el vivir estéticamente desmandado, las cartas que recuperamos, homogéneas en su escaueto contenido, responden a los afanes más pragmáticos de la vida. Evidencian que la decisión de recurrir a las colaboraciones periodísticas con regularidad como vía de emancipación económica había sido adoptada antes de la catástrofe familiar que supuso el suicidio de su padre en 1908, pero también que mediante tal decisión confiaba

poner en salvo su auténtica aventura creativa libre de concesiones. Queda, en cambio, bajo sospecha el afecto que el joven escritor emergente aseguraba sentir por aquel alumbrador de talentos —objeto de tantos desdenes— llamado José Ortega Munilla, y el sumiso acatamiento que decía rendir a la autoridad de su magisterio periodístico. ¿Eran sinceros o formaban parte de las servidumbres estratégicas de quien, consciente de su talento, trataba de consolidarse profesional y artísticamente en la sociedad literaria?

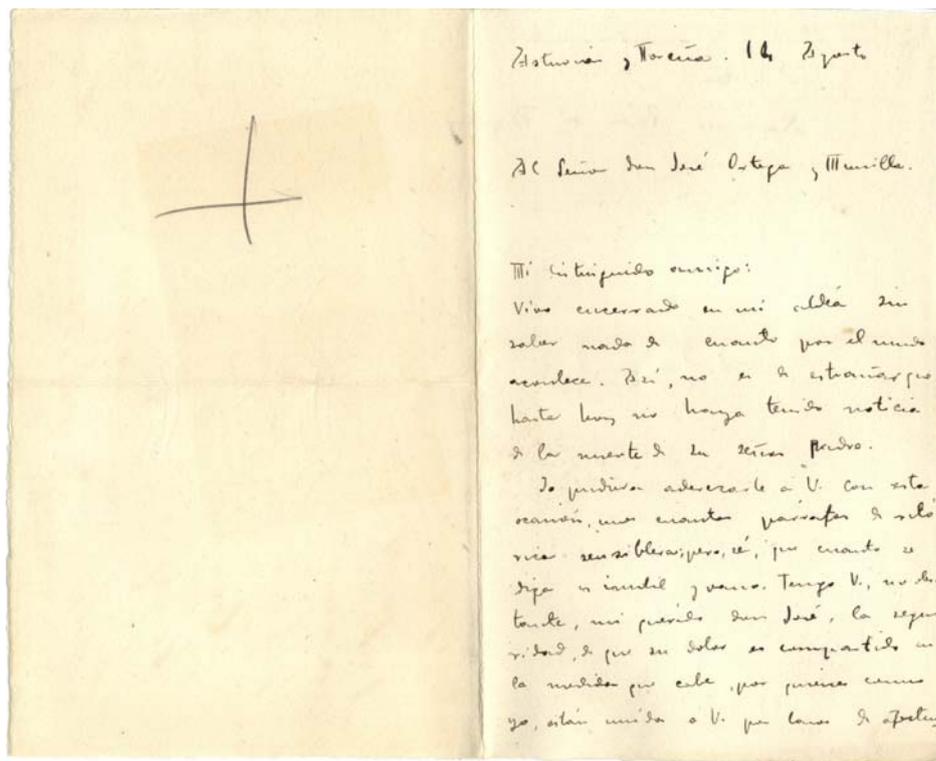
### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO, Cecilio (1985): *Intelectuales en crisis. Pío Baroja militante radical (1895-1911)*. Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert.
- ALONSO, Cecilio (1997): “Ramón Pérez de Ayala y la recepción del simbolismo en España”. En María Teresa Echenique Elizondo *et al.*: *El análisis textual*. Salamanca: Ediciones Colegio de España, 175-214.
- AMORÓS, Andrés (1972): *La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala*. Madrid: Gredos.
- BOTREL, Jean-François (1993): *Libros, Prensa y Lectura en la España del siglo XIX*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
- CAFFAREL SERRA, Carmen (1989): *La labor periodística de José Ortega Munilla*. Madrid: Universidad Complutense.
- CELMA VALERO, María Pilar (1991): *Literatura y periodismo en las revistas del Fin de Siglo. Estudio e índices. (1888-1907)*. Madrid: Júcar.
- CRESPO, Ángel (1999): *Juan Ramón Jiménez y la pintura*. Salamanca: Eds. Universidad de Salamanca.
- DENDLE, Brian J. (1991): “A Speech by Galdós (1904)”. *Anales Galdosianos* XXVI, 79-80.
- FRIERA, Florencio & José Tomás CAÑAS (1992): “Colaboraciones periodísticas de Ramón Pérez de Ayala: crítica de ediciones e índices”. En *Primer Congreso de Bibliografía Asturiana. Oviedo 11 al 14 de abril de 1989*. Oviedo: Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias, 941-1040.
- GRANDMONTAGNE DE OTAEGUI, Francisco (1901): “Carta a Miguel de Unamuno, 29-IV-1901”. *Fondo Miguel de Unamuno*, Universidad de Salamanca. En red <http://hdl.handle.net/10366/20801> (consulta 20-4-2011).
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1953): “Recuerdo a José Ortega y Gasset”. *Clavileño*, 24 (noviembre-diciembre), 44-49.
- JUAN BOLUFER, Amparo DE (2001): “Primeras colaboraciones periodísticas de Ramón Pérez de Ayala (1902-1908)”. En Anxo Abuín González, Juan Casas Rigall & José M. González Herrán (eds.): *Homenaje a Benito Varela Jácome*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 297-320.
- MARTÍNEZ SIERRA, María (1953): *Gregorio y yo: Medio siglo de colaboración*. México: Biografías Gadesa.
- NUEZ, Sebastián DE LA & José SCHRAIBMAN (1967): *Cartas del archivo de Galdós*. Madrid: Taurus.
- O’RIORDAN, Patricia (1973): “*Helios*, revista del modernismo (1903-1904)”. *Ábaco. Estudios sobre literatura española* 4. Madrid: Castalia, 57-150.

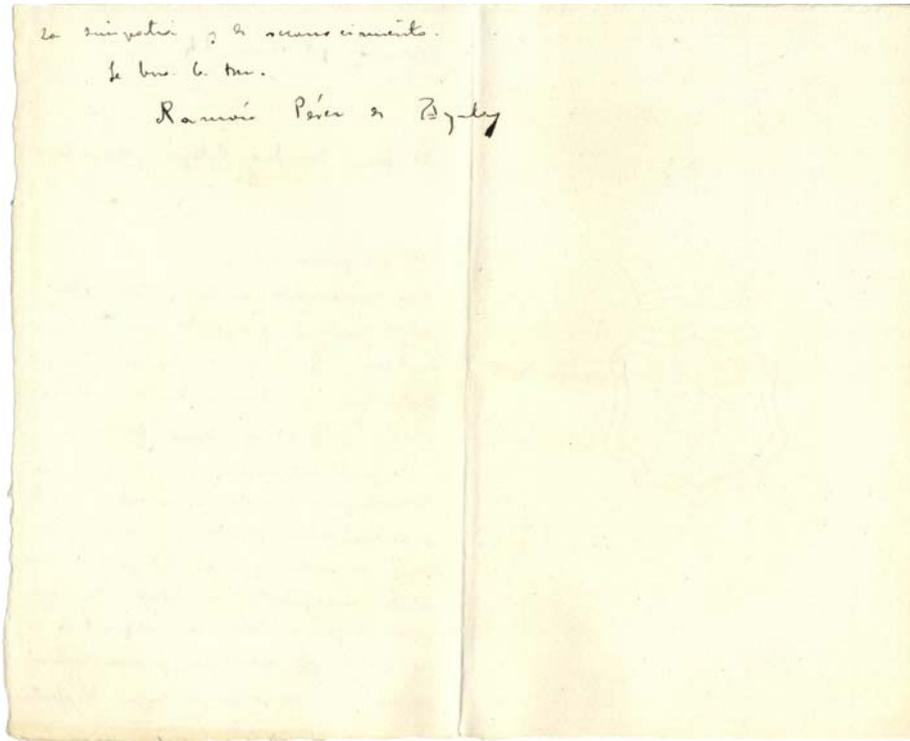
- ORTEGA Y GASSET, José & Miguel DE UNAMUNO (1987): *Epistolario completo*. Intr. de Soledad Ortega. Ed. de Laureano Robles Carcedo con la col. de Antonio Ramos Gascón. Madrid: El Arquero.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1902a): “Emilio Verhaeren”. *La Lectura* III, 31-35.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1902b): “Retratos antiguos”. *El País*, 25-12-1902.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1902c): “*Les vierges de Syracuse*, par Jéan Bertheroy: París, 1902”. *La Lectura* III, 527-29.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1903): “Maeterlinck”. *La Lectura* III, 48-63.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1904): “Con ocasión de un libro nuevo. La incoherencia. I-II”. *El Gráfico*, 24 y 28-7-1904.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1915): *La paz del sendero: El sendero innumerable*. Madrid: Ils. A Vivanco y José Moya del Pino.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1980): *Cincuenta años de cartas íntimas 1904-1956 a su amigo Miguel Rodríguez Acosta*. Ed. de Andrés Amorós. Madrid: Castalia.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón (1985): *Crónicas londinenses*. Ed. de Agustín Coletes Blanco. Murcia: Universidad de Murcia.
- SAWA, Miguel & Pablo BECERRA (dirs.) (1905): *Crónica del Centenario del Don Quijote*. Madrid: Est. Tip. de Antonio Marzo.
- VILLAR, Arturo DEL (2005): *El centenario de la «La República de las Letras» una revista republicana y literaria. Conferencia pronunciada ... en el Ateneo Científico, Literario de Madrid el 10 de octubre de 2005*. Madrid.
- ZAYAS, Antonio de (1902): *Retratos antiguos*. Madrid: Est. Tip. de A. Marzo.

APÉNDICE<sup>18</sup>

## Carta 1



<sup>18</sup> Agradecemos a la Fundación José Ortega y Gasset y, en particular, a su bibliotecaria, doña Asen Uña, las facilidades ofrecidas para la publicación facsimilar de estas cartas.



Carta 2

Al Señor Don José Ortega Munilla

Mi respetado y admirado Don José:  
Hoy mismo le escribo al Sr. Moya, solicitando  
de él un favor, en la concesión del cual he  
de tomar V. una pequeña parte. Ruego a V.  
me preste su benevolencia y protección, que me  
muestran a un reconocimiento tan grande como  
lo es el favor que solicito.

Lo pido a Inglaterra; mejor dicho,  
dijo a Inglaterra; mas, el dinero que mi pa-  
dre pueda darme, si bien lo suficiente para  
vivir, no llega a ponerse en aquella con-  
dición necesaria para por mi estancia  
sea por velar la compra de libros, por ejem-  
plo, no estaría vedada, y otra posición de una  
imprecionable para permitir en el espíritu del  
pueblo inglés. Una colaboración regular, aunque  
no frecuente, y una remuneración por suscripción

esta parte, me resolverían el problema. Lo tengo  
un hombre de muy respetadas costumbres, y por  
sinceridad en los puntos. Mi única pasión es la de  
la literatura. Me satisficiera.

¿Puedo si esto que le pido a España a un  
de conseguir solo se debe que a el más por  
el favor que V. me puede hacer, y como tal  
se lo agradeceré, cuando mi pretensión a otra  
posición de voluntades merced que nunca  
olvida. Su humilde amigo, admirador  
Ramón Pérez de Ayala

## Carta 3

